

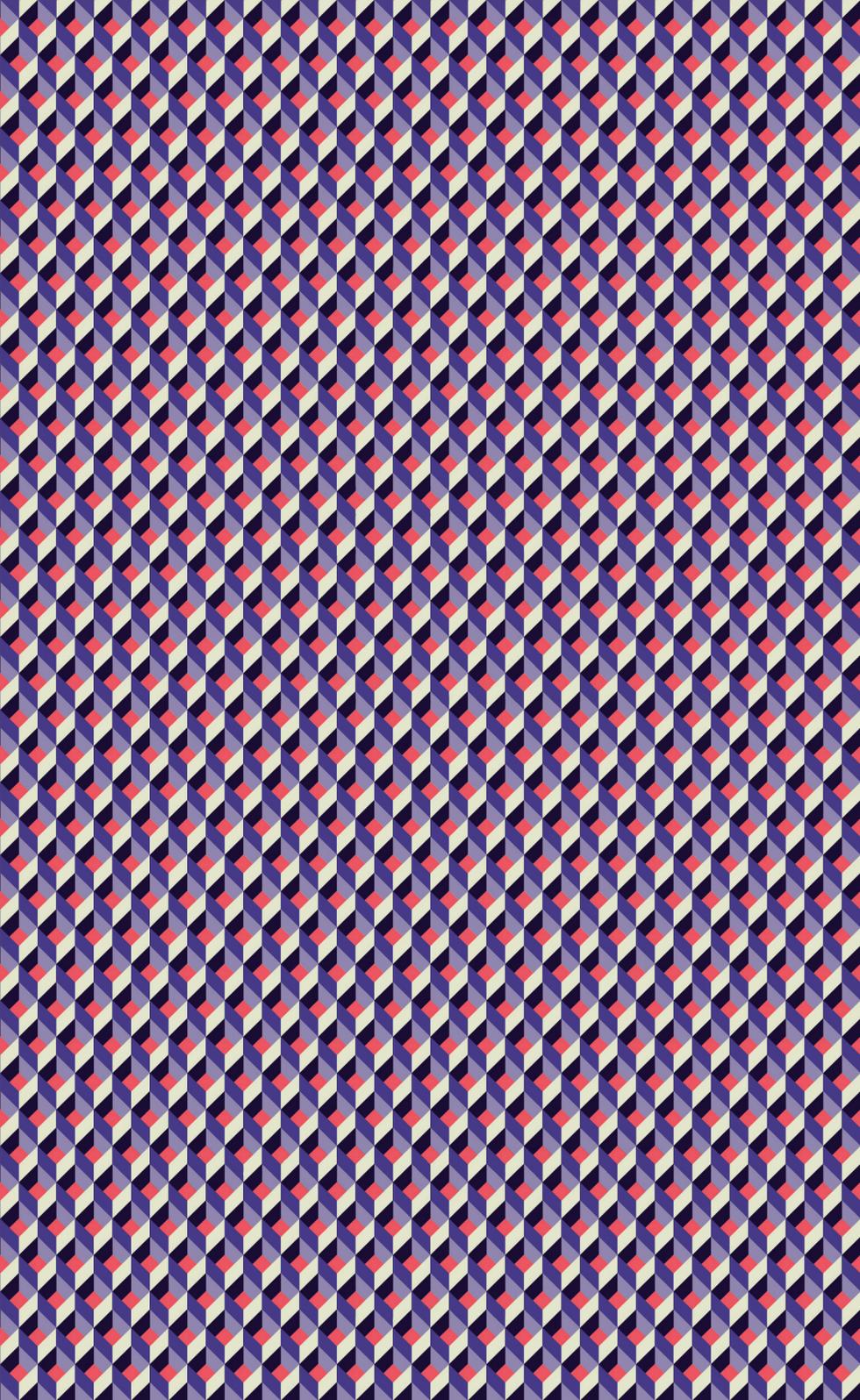


RAQUEL PULIDO GÓMEZ

# ARROZ CON POLLO

COLECCIÓN ZENOBIA

REEDICIÓN 2020



## Datos Edición

Primera edición en formato ebook: diciembre 2018

Primera edición en formato PaPel: diciembre 2018

© Área De Cultura Universidad de Huelva

Edita: Área De Cultura de la Universidad de Huelva

Impresión: Impreso en España. *Printed in Spain*

Depósito Legal: H-115-2019

ISBN papel: 978-84-17776-26-8

ISBN Ebook: 978-84-17776-27-5

© UNIVERSIDAD DE HUELVA

© AYUNTAMIENTO DE MOGUER

[www.uhu.es/cultura](http://www.uhu.es/cultura)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.



QR DE DESCARGA

EBOOK



Citar el libro



Navegar por marcadores e hipervínculos



Realizar notas y búsquedas internas



Volver al índice pulsando el pie de la página



Comparte  
#LibrosUHU



Únete y  
comenta



Novedades  
a golpe de  
clik



Nuestras  
publicaciones  
en movimiento



Susribete  
a nuestras  
novedades

## II CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS CORTOS

### ZENOBIA



Universidad  
de Huelva



Ayuntamiento Moguer

RAQUEL PULIDO GÓMEZ

ARROZ  
CON  
POLLO



COLECCIÓN ZENOBIA

REEDICIÓN 2020

Para Obban Yoko y Olufandé,  
con mi cariño y respeto.



**Cuento hasta diez** y abro la puerta. Yo sé que la vecina me observa por la mirilla. La pobre habrá hecho todo tipo de cábalas acerca de esa meditación estilo zen que hago yo, toda ceremoniosa, antes de meter la llave en la cerradura. Pero la verdad es que se equivoca. Lo único que hago es gritar mentalmente y cagarme en todo en lo que ese día me tenga que cagar, disculpen ustedes la escatológica expresión. Tras esa descarga mental, me aliso el pelo con las manos (es un gesto que suelo hacer inconscientemente cuando me pongo digna) saco la llave de mi bolso, sin prisas, y entro en casa. Afuera quedan todas las envidias, los cabreos, y la mala fe. En mi casa, Dimitri y yo no queremos mala onda. Dimitri viene a saludarme ronroneando, enroscándose entre mis piernas. A veces resulta difícil concentrarse en el grito mental de la puerta con las piernas cruzadas intentando no orinarte encima. La vida de una representante farmacéutica no te permite fácilmente seguir el consejo *Font Vella* de los dos litros de agua al día, pienso mientras pruebo las toallitas vaginales al aloe vera. Me lavo las manos, voy a la cocina y saco el pollo de la nevera. Hace tiempo que no como arroz con pollo. No me arriesgo a decir desde que mi mamá vino de Cuba con la por fin aceptada carta de invitación (año y medio luchando por eso, caballero) pero casi. Aquel mes engordé nueve libras en cuerpo y ciento veinte en alma. Qué pena que desde que la viera subir las escaleras de aquel trasto de Cubana de Aviación para regresarse allá, el estómago y el corazón se me encogieran hasta el punto de hacer de equilibrista al filo de la anorexia nerviosa.

Estoy paralizada frente a la olla con el pollo guisado, *engorrióna* con tales pensamientos. ¿Qué hago? ¿Echo el arroz?

“Venga Katia, no seas tan sentimental, chica, cómo se nota que eres hija de Changó... echa el arroz, *m'hija*, que las tripas te andan sonando desde hace rato.” Menos mal que la Katia práctica se impone a la Katia nostálgica y finalmente la Katia de carne y hueso, como una autómatas, arroja de mala gana dos puñados de arroz a la olla, que ya hierve con el pollo guisado. Señores... dos puñadicos de arroz... en Cuba jamás habría guisado esa cantidad. Allí siempre había que preparar como para un regimiento. Si no subía el Chino a comer, aparecía Martincito o la India con todo el chismoserío en primicia absoluta. Pero chismoserío sin maldad, aunque en este país es difícil explicar en qué consiste tal cosa. Sí, cómo no... nos despellejamos, pero en otra forma, con otra gracia y sólo hace falta aparecerse en casa del otro con un plato de arroz con leche o una botellica con la que poder echar unos tragos y nos perdonarnos todas las mierdas mientras montamos una descarguita improvisada... allá es distinto.

El arroz se ha empezado a hacer en la olla rápida que compré con mi mamá en la semana fantástica de *El Corte Inglés*. Ay dios mío, cuando esa negra me revolvió media cocina y vio que yo no tenía olla a presión acá en España, casi le da un jamacuco. “¿Qué cosa es esto mi amor? ¿y cómo es que tú cocinas los frijoles?” bramó la vieja. “Ay Mimo... sí tú sabes que yo acá siempre como fuera, chica” Con la negra no hay excusa, señores: tuvimos que ir a *El Corte Inglés* a por una olla para cada una. Yo reconozco abiertamente que *El Corte Inglés* me parece una empresa clasista y enormemente machista y sólo me caigo por allí de vez en cuando, es decir,

cuando voy de camino al hospital de al lado y prefiero orinar oliendo a perfume del caro (siempre te encuentras en el camino hacia el baño a varios promotores atrincherados que arrojan sobre ti alguna muestra) que oliendo a lo que huele en los baños de ese hospital. Pues eso, que no me gusta *El Corte Inglés*, pero por cojones (me la paso en el trabajo siendo fina, así que mientras guiso en casa tengo derecho a decir “por cojones”) tuvimos que ir allá, puesto que ese acontecimiento extraordinario le daría para hablar a la vieja unas cuantas tardes con las vecinas de Alamar. Mi mamá le puso la cabeza cargadísima al dependiente, empeñada, terca como una mula diría yo, en que toda olla a presión tiene que tener una válvula giratoria y sus dos asas correspondientes. Y el dependiente con una enorme falsa sonrisa y el “usted me disculpa, señora, pero...” de muletilla en la boca, resultaba ser un inútil ante la cabezonería de mi mamá. Al final tuve que dar un grito que rompió la jodida paz y ambiente de compras compulsivas creadas por el hilo musical de la planta de hogar y decir: “mire mi amor, a usted no le enseñaron a tratar con cabezotas habaneras que viven ancladas en Chevrolet del 59 y laticas de Jamón del Diablo.... Usted se le tiene que imponer a mi vieja y decirle que tiene dos opciones: llevarse una mierda de olla de las de toda la vida o llevarse una olla de un solo asa con válvula depresora, válvula de seguridad, asa de baquelita, fondo termodifusor y apta para el comepinga lavavajillas que nunca tendrá. Una olla que hará furor en toda la cuadra, cociendo los frijoles (tanto negros como coloraos) a la velocidad del rayo. Eso, si no se la quitan en el aeropuerto “los compañeritos de seguridad”, que ya es difícil”.

Ay, qué mala idea la del arroz con pollo, ya me estaba entristeciendo pensando en todas esas viejas alborotando

alrededor de la olla en Alamar. Voy a poner música... no, nada de eso, caigo en la cuenta de que sólo tengo música cubana y una pila de discos de jazz que “éste” se dejó al irse... y no quiero pensar en Cuba ni en “éste”. Mejor pongo la tele. Dimitri ayer tiró el mando al suelo de un coletazo y no funciona. A ver... ¿qué es esto? Un programa del corazón, bah, déjalo... me hará bien enterarme de que el sufrimiento de las dos famosillas de turno consiste en que han coincidido con el mismo modelito en la fiesta más chic del momento. Mientras quemo una barrita de incienso también dejada por “éste” (las guardaba a granel en un cajón de mi casa) y enciendo un cigarro, oigo cómo despellejan a esa pobre chica, de la que en los últimos días no paran de hablar. Sobre todo las supuestas periodistas del programa, las mujeres. Me parece horrible esa manera de hablar así de otra mujer. Dicen de ella que tuvo a su hija para vender más exclusivas y que está ingresada con un cuadro esquizoide. Dicen que ocultaba sus problemas conyugales y mostraba una falsa felicidad ¿Pero adónde va a llegar este país? Mi indignación crece por momentos. Como si la misma periodista que larga con su lengua viperina toda esa sarta de “piropos” no hiciera lo mismo con su marido y con su vida: ocultar con la mejor y más falsa de las sonrisas todas las desavenencias existentes. Como si la misma periodista que habla no hubiera tenido una crisis de ansiedad como un piano si el marido se hubiera largado del país dejándola sola y embarazada. Miro a la periodista de mechitas, la de la cadenita de oro y las perlas, la de la lengua viperina y le digo (saltándome el código de “no mala onda dentro de casa”) “eres una puta víbora, eso es lo que eres”. Apago la tele. Estoy furiosa. ¿Por qué todo el mundo se empeña en juzgar la

vida de los demás y meterse donde no lo llaman? ¿Por qué un presentador de tres al cuarto se atreve a insinuar que una persona puede haber sido diagnosticada como esquizofrénica? ¿Por qué la hipocresía de criticar algo que todos hacemos (como es sonreír y decir que todo va fenomenal) mientras por dentro nos corroe una angustia vital? ¿Por qué la mayoría de las veces las tan gravemente atacadas y pisoteadas somos las mujeres? ¿Y por qué casi siempre la atacante, paradójicamente, es otra mujer? Qué asco, la verdad...

Empiezo entonces a recordar el oddun de mi Itá: “No preste atención a chismes. De usted siempre van a andar hablando, haga lo que haga”. Padrino dijo que, por tanto, viviera lo que tuviera que vivir, pues en el caso de reprimirme para evitar habladurías, sería tan comemierda que me perdería haber gozado de lo lindo e igualmente irían regando, inventando y pregonando chismes sobre mí. Con Pau no hice caso de la recomendación de mi Padrino, obcecada con esa obscena recomendación española que empieza diciendo: “donde tengas la olla...”

Pau y yo nos gustamos desde el mismo instante en que nos cruzamos la mirada. Él, jefe de ventas, casado, con dos hijos, piso en el centro y chalet en la playa. Yo, la nueva comercial cubana de la empresa. Las PEO estaban que trinaban con mi reciente incorporación. Las PEO son las europeas de la empresa. Como ellas nos llaman a Marcela (brasileña a la que los médicos comprarían hasta agua embotellada), a Minerva (dominicana paliducha que rompe tópicos a diestro y siniestro) y a mí “las sudamericanas”, nosotras creímos justo bautizarlas con el apodo de las PEO (diminutivo de euroPEAs). En fin, que las PEO son víboras, frustradas, “señoras de” que en

el fondo quisieran haber nacido en una familia del Opus de apellido compuesto y haber cazado un marido tan rico que les permitiese el nivel de vida que llevaban (y más aún) sin tener que trabajar fuera de casa (ni dentro tampoco, con siete internas sudamericanas). Las chicas me advirtieron de qué pie cojeaban las PEO y admiré mucho la fortaleza de Minerva, que había sido la pionera de las latinas en el laboratorio y había sufrido el mobbing de las PEO estoicamente.

Empecé a vender desde el primer día. Es fácil y las comisiones son muy elevadas. Vendemos un medicamento con hormonas del crecimiento que es carísimo. Hay que mimar a los médicos, nos dice la empresa. Trato excelente, almuerzos en restaurantes de cinco tenedores, regalos... Las comerciales hispanas vendemos más que las nacionales. Las PEO nos llaman putas, pero decir “doctorcito, su sonrisa me cautivó” en nuestros países de referencia no es sinónimo de “me abro de piernas aquí mismo si usted quiere”. Que las PEO no piropéen ni a sus aburridos maridos, hartos de frecuentar el Angelo’s en busca de comunicación y sexo oral, no significa que nuestra forma de ser nos identifique como claras jineteras (es una de las lindeces que han dicho de mí en la empresa).

Mientras pongo la placa vitrocerámica en el calor residual empiezo a recordar todo lo que pasó al mes y medio de empezar a trabajar para el laboratorio, cuando tuvimos que organizar el congreso de Endocrinología Infantil en Roma. Allá que fuimos Marcela, Pau, dos de las PEO y yo con todos los médicos, que, por supuesto, iban con los gastos pagados. No recuerdo más autocontrol en todos los días de mi vida. Para entonces Pau y yo ya no éramos simples compañeros de trabajo, sino cómplices

que se hablaban con una simple mirada a los ojos. Yo le acababa huyendo y al llegar a mi casa me sentía fatal de estar en ese jueguito de calentones, en ese tira y afloja quinceañero. A ningún cubano le hubiera yo hecho eso, pero Pau, con su paciencia europea, no parecía acelerarse por mis salidas impulsivas cuando la cosa ya estaba subidita de tono.

Terminó el congreso. Cuando llegamos a España, mi “diario de navegación” sólo recogía la captación de nuevos clientes, masturbación femenina en grandes dosis, el carácter baboso de los italianos, más lácteos en el menú que en toda mi vida (si recordamos que la leche en Cuba -con cartilla- es hasta los seis años y el queso ni se deja ver...) y muchos toletes de mármol en diferentes museos. Resumiendo: me reprimí durante todo el viaje evitando dar rienda suelta al deseo, en pro de mantener un honorable e intachable currículum moral en la empresa.

Pero cuál fue mi sorpresa al conocer la versión del desarrollo del congreso que inventaron las PEO en la empresa. Hasta mis oídos llegó incluso el rumor de una bata roja de seda con la que había recorrido, melena de gata salvaje en cascada sobre mis lujuriosos hombros, todo el pasillo del hotel hasta el dormitorio de Pau. Aluciné sobre los minuciosos detalles acerca de cómo la cubanita entrometida y buscona se arrojaba en los brazos de un hombre casado, que en fin, estaba eximido de toda culpa por eso mismo: era hombre, y ya se sabe... los hombres son distintos, no saben decir “no”, son infieles por naturaleza... ellos tienen otras necesidades... ¡eso lo sabe cualquiera! La “culpa” la tenía ella: la puta, la roba- maridos, la zorra con la que había que llevar mucho cuidado. Yo no podía salir de mi asombro. A Pau le duró el asombro quince minutos y

lo acompañó de unas cuantas risas en el tiempo que duró el café que nos estábamos tomando mientras yo le contaba aquello que también a él le concernía. “Qué mala es la envidia y el aburrimiento”, se limitó a decir. Así funciona el tema. Se podría resumir en unos cuantos paradigmas muy sencillos:

- Ellos son dioses eximidos de toda culpa, hagan lo que hagan.
- La palabra culpa aflora instantáneamente, pues ha sido regada en este país durante siglos por un catolicismo aplastante.
- Si a una mujer supuestamente le gusta un hombre “ajeno” es claramente una lagarta que está deseando acostarse con los maridos de todas las demás, sin distinción... ¡Hay que tener sumo cuidado!
- Las que hacemos esto intentamos robarle el marido a la legítima, pues nuestro carácter nos permitiría adoptar de buena gana, con sumo agrado, su rol de ignoradora y consentidora, una vez le hayamos usurpado el puesto.

Estuve alucinando una semana entera con el revuelo de chismes que corrían por la oficina. Incluso me llegó un e-mail con remitente desconocido en el que se comentaban escenas subidas de tono en la cafetería del hotel. Y yo, cada vez sintiéndome más gilipollas. Deseaba haber singado como una loca con Pau encima del piano de esa cafetería. Pero ni había piano, ni él era Richard Gere ni yo la Julia Roberts. Me sentía una comemierda recordando todos los Campari que Pau y yo nos habíamos bebido en la dichosa cafetería, sin tocarnos un solo pelo, comiéndonos únicamente con los ojos y el deseo. Y en esas cavilaciones

andaba uno de aquellos días cuando entré a El Corte Inglés que está lindando con el Hospital Virgen del Camino, ya saben ustedes, esa empresa que tan bien selecciona al personal y reparte puestos de trabajo (las mujeres: dependientas, los hombres: responsables de sección y los gays promotores de perfumes caros y maquilladores que luego te ofrecen comprar los polvos que tan bien te han esparcido, en una muestra improvisada, por el rostro). Me meaba. El cabreo por pensarme en mentirosas bocas ajenas me comía las entrañas. Un chico vestido de negro, guapísimo y que mi prejuiciosa mente humana (¡somos todos unos mierdas encasillando a los demás!) encajó como integrante del tercer grupo de trabajadores, me saludó diciéndome (vaya piropo): “Cielo, eres muy joven para tener esas ojeras que te afean tanto... ¿quieres una muestra de lo último en antiojeras?...es un producto fantástico que va a revolucionar el mercado”. Me orinaba, crucé un poco las piernas disimuladamente y le solté, de sopetón: “en la empresa dicen que follo en cualquier esquina con un tipo casado, compañero, que está buenísimo y yo soy tan mema que no me lo he tirado, aunque me muero de ganas. Me siento una gilipollas... ¿tú qué harías?” El chico sonrió, luciendo unos blanquísimos dientes perfectos. De toda la conversación que mantuvimos, el dato más interesante que extraje fue en qué planta se hallaba la sección de lencería.

Pongo el mantel. Un vaso, una servilleta, un tenedor... qué triste es todo... hasta las locuras son tristes en este condenado país. Empiezo a reír recordando cuando Alberto y yo nos casamos en la Habana para conseguir las cajas de cerveza que te daban con la cartilla para celebrar el matrimonio. Casarte por cerveza, cerveza por dólares y fulas para pagar la exposición de Alberto. Así era la vida

allá. Pero nunca recuerdo haberme sentado a comer sola. Siempre estaba mi mamá jodiendo la tranquilidad con su bla, bla, bla, mi hermano se aparecía por la casa para pedir algo (¿para qué si no?), Myrta sentada en la mecedora, bebiendo café recién colado, esperándome desde hacía rato para contarme el último tipo con el que se había empatado y asegurarme que éste sí era el definitivo...